

Los supervivientes del teatro italiano

Por Walter da Pozzo*

27 de enero, huelga general, por algunas horas la sangre española ha dejado de fluir, cansada de correr en vano y con el deseo de pararse a pensar, reflexionar sobre la situación actual del país, sobre la crisis, sobre el paro.

Un italiano cualquiera por las calles de Madrid —con ganas de conocer una nueva cultura, un nuevo modo de ver la vida, las cosas y los valores fundamentales de este país— pasea medio alucinado observando todas las tiendas cerradas, mirando a la gente que exige sus propios derechos: jóvenes enfadados por la rabia que produce el paro, mujeres llenas de coraje que transmiten su propia opinión, y acaba siendo literalmente sacudido por la reacción general de la gente. Un pueblo que en un solo día de lucha ha sabido unirse para protestar de una forma civilizada e inteligente.

De repente, casi como por encanto, pasa por delante de un teatro, pregunta qué es lo que está sucediendo ahí dentro y es invitado a entrar. La gente del arte está reunida en asamblea permanente, allí se razona, se habla sobre las cosas que hay que hacer. Se formulan propuestas, se intenta vivir el drama de la huelga de forma activa y coherente. Y así, en este rebullir de ánimos, de energía, el italiano, artista también, se remonta a su propia nación y a lo que ocurre allí.

Italia, tierra de arte, de gente con el valor de expresar sus ideales, no vive ciertamente un buen período histórico. Durante años, la bota ha sido gobernada de forma algo turbia y picaresca, favoreciendo una floreciente crisis económica en todos los sectores. Y, como siempre ocurre, si la economía del país tiene una avería, el arte recibe la peor parte. Hacer teatro en Italia se ha convertido en un *hobby* que sólo gente con dinero o hijos del arte sin arte pueden permitirse. No hay fondos, y no existe, sobre todo, un ministerio capaz de alimentar al teatro en cada una de sus formas de vida. Ciertamente existen actores, gran-

des actores con compañías propias que desde hace años giran por península con distintas comedias, pero que siempre representan el mismo personaje. Hoy son los abonados, los señores y las señoras con abrigos de piel, quienes, desde hace tiempo, siguen la trayectoria de estos primeros actores para hacer algo distinto por una noche y que, al finalizar el espectáculo, aplauden sin saber por qué.

La figura del primer actor está ciertamente muy unida a la Comedia del Arte que en Italia, con el paso del tiempo, no ha sabido modernizarse, auto-criticarse, crecer y sobre todo crear.

Hace algunos años, las subvenciones ministeriales se concedían casi siempre a los grandes teatros nacionales, donde acampaban libremente la mayoría de los grandes actores con afinidad ideológica a uno u otro color político. Así, disfrutaron durante años de unos presupuestos generosos, que dañaron enormemente el teatro naciente, aquel teatro joven, lleno de nuevas ideas y de color creativo. Los Dario Fo, de Filippo, Ronconi, Strehler, que en los años sesenta habían escrito páginas fundamentales del teatro italiano, para nosotros, jóvenes de los ochenta, eran sólo ejemplos a no seguir.

En los últimos años, con la corrupción y la crisis económica, es el auténtico caos. Los grandes artistas de siempre siguen como tales, del dominio público, y el resto sólo es aire. En Italia se puede ver fácilmente cualquier obra espectacular de Strehler o de Ronconi, pero éstos son los únicos acontecimientos teatrales de interés que, por otra parte, no cuentan con ningún eco entre la juventud. Este delirante anquilosamiento se debe, sin duda, a una mala educación empresarial y a una desbordante prepotencia del ente televisivo que, cual producción industrial, manufactura en cadena argumentos de una total mediocridad sin dejar espacio a cualquier respiro teatral de indudable valor.

Otra de las grandes causas que dañan en gran parte el teatro italiano es seguramente la absoluta inexistencia de un sindicato o de un colectivo presente, preparado para hacer valer los derechos de un trabajador del teatro. En la Italia de los últimos años, nunca he visto ninguna asamblea de artistas como la del 27 de enero en Madrid. Hay una gran dispersión, soledad y sobre todo, una fuerte apatía hacia el problema del actor. En el momento en que se alza el telón, se encienden las luces y la gente en platea deja de toser, se da inicio a un trabajo que ciertamente no es la cadena de montaje de Fiat o el despacho de un gran abogado en el centro de Milán, pero no por ello deja de ser un trabajo, que debe ser indudablemente defendido.

Hay demasiadas diferencias entre el primer actor y los otros actores de la compañía. El primer actor, el de renombre, el que atrae a los abonados y llena teatros, está extra-pagado. El actor secundario es aquel que tiene serias dificultades para pagar el alquiler de un piso de la periferia, es tratado como un mentecato con la sola utilidad de llenar el escenario y está, en consecuencia, mal pagado. Pero les aseguro que del primer actor escucharán casi siempre una parte aprendida de memoria, llena de entonaciones repetitivas y carente de todo arrojo. Y del actor mal pagado una inventiva en el gesto, en la respiración, en la lógica que trasciende al texto. También es cierto que existen distintas vías para combatir esta fuerte apatía y una es seguramente la presencia de buenas escuelas de actores, como la Academia Nacional de Arte Dramático «Silvio D'Amico», dirigida por un hombre abierto y de gran cultura como es Luigi Maria Musati y la escuela del «Piccolo di Milano» que Strehler dirige con gran pasión desde hace años.

En una gran ciudad, como Roma, donde se encuentran varios de los teatros nacionales más importantes, difícilmente podrán presenciar una obra digna del precio de su entrada. Cuanto más cara sea la entrada, más se le paga al primer actor, más aburrido es el espectáculo y más aplauden los abonados. Para asistir a una obra de teatro que merezca ese nombre hay que ir a los teatros «off» del centro o de la periferia, donde jóvenes actores para nada pagados, endeudados hasta el cuello, que se traen la escenografía de su casa, representan sus brillantes espectáculos llenos de humilde creatividad y con entonaciones muy novedosas en el lenguaje teatral italiano.

Los supervivientes del teatro italiano, sí, así se les llamará a estos jóvenes. Aquellos que durante decenios tendrán el valor de resistir y de continuar combatiendo en primera línea, sin esperar nada del Ministerio del Espectáculo o de cualquier organismo privado, esperando que, antes o después, el primer actor, cansado de recitar su papel de memoria, deje el puesto a quien es capaz de decir el guión pensándolo.

* Walter da Pozzo es actor.



"Pièce Noire", de Enzo Moscato. Dirección: Cherif. (1987). (Foto: Piero Casadei). En la imagen: Erio Masina y Marisa Fabbri.